

733-734 OPUSCULUM CUADRAGÉSIMO SEXTO. SOBRE LA CORRECCIÓN QUE DEBE ACEPTARSE CON ECUANIMIDAD.

ARGUMENTO.

Alaba a Aripandus, novicio en la milicia espiritual, por haberse retirado al desierto siendo joven, y le aconseja que, siguiendo el ejemplo de Cristo Señor, no abandone la disciplina regular; por lo tanto, debe aceptar con ecuanimidad no solo las correcciones de los mayores, sino también de los más jóvenes, ya que estas son de gran valor para limpiar las manchas del alma y para el progreso propio y de los demás: dice mucho sobre el bien de la corrección, y por qué, y si sin culpa, San Pablo reprendió a San Pedro.

ARIPRANDO, hermano queridísimo, PEDRO, pecador monje, afecto de amor paternal.

Exiges, amadísimo hijo, que te escriba algo, y tú, que frecuentemente escribes para otros bajo mi dictado, imploras que también se te escriba algo a ti. Pero, ¿de dónde comenzará a escribir el escritor más adecuadamente que desde la dignidad mística de la propia escritura? En ti, que escribes, hay tres dedos y una mano; para quien escribes, hay tres personas y un solo Dios. Así, cuando trazas un trazo continuo a partir de diferentes caracteres, tu intención siempre se dirige a aquel único cuyo sacramento contemplas en ti mismo a través de cierta similitud. Y porque, mientras aún estabas en el gimnasio de las escuelas entre adolescentes, y la flor del rostro juvenil aún no estaba cubierta por ningún vello, ni siquiera tenue, el fervor del Espíritu Santo te incitó a que no adoptaras el propósito monástico, sino más bien el instituto del desierto: cuida de no violar la regla del lugar sagrado, obtenida aún por la debilidad de la edad; de no debilitar el rigor y la severidad de la bienaventurada conversación; de no querer cambiar la costumbre habitual de severidad; de no atreverte a introducir la novedad de una invención extranjera. Pues incluso aquel que es maestro de los ángeles en el cielo, mantuvo en la tierra la costumbre que encontró; no desdeñó observar la costumbre terrenal, quien había venido a exhibir la celestial. Pues, para pasar por alto lo infinito, ¿por qué permitió que su cabeza y pies fueran ungidos con ungüento por el ministerio de una mujer, sino porque era costumbre de la región de Palestina y Judea que sus habitantes se ungieran con frecuencia? De ahí que diga: «Tú, cuando ayunes, unge tu cabeza» (Mat. XXVI; Luc. VII). Y, ¿qué maravilla si el Señor en vida mantuvo la costumbre de su patria, que no desdeñó observar en las exequias sagradas de su sepultura? Así lo refiere Juan: «José de Arimatea y Nicodemo tomaron el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias, como es costumbre entre los judíos sepultar» (Juan XIX; Mat. XXVII). Por tanto, si aquel que es la misma sabiduría, por quien todas las cosas fueron creadas, no rechazó observar la tradición de los hombres incluso en estas cosas que parecen de casi ningún momento, ¿cuánta presunción es si alguien rompe la regla de la disciplina que no ignora fue transmitida por los santos Padres?

[SOBRE LA CORRECCIÓN QUE DEBE ACEPTARSE CON ECUANIMIDAD.]

CAPÍTULO PRIMERO. Beneficios de aceptar las correcciones con ecuanimidad.

Entre los demás signos de la santa conversación, que ves florecer en otros, y que tú mismo, con la ayuda de la divina clemencia, ya observas irrepreensiblemente, cuídate especialmente de no llevar nunca con pesadez las correcciones, de no avergonzarte de ser reprendido por tus propios jóvenes en cualquier ocasión. Esto es tan familiar y natural en este lugar, que quien es corregido [corregido, huye, no puede habitar con nosotros. Pues el hombre es sometido al magisterio de la disciplina regular para que la herrumbre que adquirió del mundo halagador

sea limpiada por la lima de la corrección áspera. De ahí que la Sabiduría hable en los Proverbios: «Convertíos a mi corrección; he aquí que os derramaré mi espíritu» (Prov. I). No dijo, a mis halagos; sino: «Convertíos, dice, a mi corrección.» Por eso a algunos que desprecian ser corregidos les dice: «Madrugarán, y no me hallarán; porque aborrecieron la disciplina, y no recibieron el temor del Señor, ni aceptaron mi consejo, y despreciaron toda mi corrección» (Ibid.). De ahí que advierta diciendo: «Hijo mío, no rechaces la disciplina del Señor, ni te desanimes cuando él te reprenda: porque el Señor corrige a quien ama; y como un padre se complace en su hijo» (Prov. III). Con razón, la corrección no se dice de un hombre, sino del Señor, cuando en el amor de Cristo cualquier severidad se impone de un prójimo a otro; y se desvía mucho de la sabiduría quien no inclina su corazón soberbio a las reprensiones divinas. Por eso también Salomón dice: «Quien ama la disciplina, ama la sabiduría; pero quien odia las reprensiones, es insensato» (Prov. XII). Por lo tanto, el insensato en el libro de los Proverbios se queja, diciendo: «¿Por qué aborrecí la disciplina, y mi corazón no aceptó las reprensiones, ni escuché la voz de los que me enseñaban, y no incliné mi oído a mis maestros?» (Prov. V.) En cambio, quien acepta con ecuanimidad las reprensiones, no se aparta del catálogo de los sabios. De ahí que esté escrito: «El oído que escucha la reprensión de la vida, habitará entre los sabios; pero quien rechaza la disciplina, desprecia su alma» (Prov. XV). Los padrastros son indulgentes con los hijastros; los padres a menudo aplican duros castigos a sus propios hijos. Aquellos alimentan al que odia; estos educan y afligen a los que aman. De ahí que esté escrito: «Quien escatima la vara, odia a su hijo; pero quien lo ama, lo educa con diligencia» (Prov. XIII). Y en otro lugar: «Mejor es la corrección manifiesta que el amor oculto. Mejores son las heridas del que ama, que los besos engañosos del que odia» (Prov. XXVII). Nuevamente está escrito: «Educa a tu hijo, no desesperes: no pongas tu mano [alma] para su destrucción» (Prov. XIX). Porque la mano paterna se pone para la destrucción del hijo cuando, al verlo actuar mal, no solo no lo reprende, sino que además se deleita en sus acciones reprobables; y no teme alabar con palabras agradables a quien debería haber corregido con duros castigos.

CAPÍTULO II. Que es de sabios amar la corrección, de necios odiarla.

Por tanto, quien es sabio, considera la dureza de la austeridad impuesta como medicina para las heridas de su alma. De ahí que esté escrito: «Si corriges al sabio, entenderá la disciplina» (Prov. XIX); y nuevamente: «Más aprovecha la corrección en el prudente, que el castigo en el necio» (Prov. XVII). De este prudente también se dice: «El que es paciente, se gobierna con mucha prudencia; pero el impaciente exalta su necedad» (Prov. XIV). El impaciente exalta su necedad, porque cuanto más es herido frecuentemente por su impaciencia, tanto más se enfurece con disputas diarias contra ellos. De ahí que se lea: «El malvado siempre busca pleitos; pero un ángel cruel es enviado contra él» (Prov. XVII). Un ángel cruel es enviado contra el que busca pleitos, porque es digno que una mente en la que habita la crueldad sea invadida por un poseedor cruel; porque, como dice el Apóstol: La ira tiene un demonio. De ahí que, tan pronto como enseña que un ángel cruel es enviado contra el impaciente, inmediatamente añade: «Es mejor encontrarse con una osa a la que le han robado sus crías, que con un necio confiado en su necedad» (Ibid.). De este necio e impaciente está escrito: «No seas amigo del hombre iracundo, ni andes con el hombre furioso, no sea que aprendas sus caminos, y tomes escándalo para tu alma» (Prov. XXII). Por lo demás, así como el enfermo que no toma el antídoto muere, así quien no puede ser corregido, no puede ser aliviado de las enfermedades de su alma. De ahí que nuevamente se diga por Salomón: «No retires la disciplina del niño; si lo golpeas con la vara, no morirá; tú lo golpearás con la vara, y librarás su alma del infierno» (Prov. XXIII). ¿Quieres oír lo que les espera a aquellos que rechazan ser corregidos? ¿que desprecian ser reprendidos por los mayores? «Al hombre que,

con dura cerviz, desprecia al que lo corrige, le sobrevendrá de repente la destrucción, y no habrá remedio» (Prov. XXIX). Donde poco después se añade: «Educa a tu hijo, y te dará descanso, y dará delicias a tu alma» (Ibid.). En verdad, al caballo aún indómito se le golpea el pie en el estribo, para que después soporte que el hierro se le clave como estribo. También al toro joven se le entrelaza un anillo de vid flexible, para que, acostumbrado a esto, aprenda sin duda a no atreverse a rechazar el yugo después. Así, el hermano más joven debe ser reprendido incluso cuando no peca, para que después soporte con ecuanimidad la disciplina de la verdadera corrección. En cambio, sobre el que no es corregido está escrito: «El siervo que es criado delicadamente desde su juventud, al final será contumaz» (Prov. XIX). De este siervo el sabio dice: «Alimento, vara y carga para el asno; pan, disciplina y trabajo para el siervo» (Ecli. XXXIII).

CAPÍTULO III. Que para los impacientes las correcciones son como espadas.

No te acumulo, hijo queridísimo, tantos testimonios de las Escrituras porque juzgue que estos sean necesarios para los modales de tu santa índole; sino más bien para que pueda aconsejar a tus coetáneos por tu medio. No se nos ha traído un vaso lleno de aguas de Jericó, que yo, a semejanza de Eliseo (IV Reg. II), espolvoree con la sal de la sabiduría celestial, y así purifique de amargura. Tampoco te has presentado como una olla llena de coluquintidas [colocintidas], cuyo sabor amarguísimo la harina del divino verbo triturada convertiría en dulzura, y así la haría comestible para los hijos de los profetas. No has parecido una caña agitada por el viento en el desierto (Mat. XI), sino más bien aquella que produjo miel, de la cual vivió Juan, el precursor del Señor. Has traído, hermano, un panal lleno de miel goteante; te has presentado a nosotros como un campo no para ser trabajado con azadas, sino ya para ser segado con hoces llenas; no cubierto de espinos y zarzas, sino resplandeciente con la belleza de las cosechas exuberantes. En cambio, sobre el negligente y necio el sabio dice: «Pasé junto al campo del hombre perezoso, y junto a la viña del hombre falto de entendimiento, y he aquí que todo estaba lleno de ortigas» (Prov. XXIV). Para los impacientes, ciertamente, las correcciones son como espadas, pero si quieren que estas espadas se conviertan en hoces, deben transformar los matorrales espinosos de sus vicios, de los que se horrorizan, en cosechas. De ahí que el profeta, después de haber anunciado sobre nuestro Salvador que «juzgará a las naciones, y reprenderá a muchos pueblos», añade de inmediato: «Y convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces» (Isa. II). Sin duda, el orden es congruente, ya que primero el pecador es reprendido: luego las espadas se convierten en rejas de arado, y las lanzas en hoces. Pues cuando alguien impaciente, hecho más dócil por la disciplina, es labrado como un campo llano con el cuchillo de la corrección, luego es sembrado con la semilla suave de la santa predicación, y así finalmente se viste con la abundante cosecha de buenas obras: a este, ciertamente, las espadas se le han convertido en rejas de arado, y las lanzas se convierten en hoces. Porque quien antes evitaba ser herido como por una espada al ser reprendido, ahora soporta con gusto las rejas de la doctrina sagrada, para dar frutos; y espera la hoz de la siega celestial, para llenar el granero del almacén celestial.

CAPÍTULO IV. Que en los conventos religiosos es necesaria la corrección para la disciplina regular.

Ciertamente, cualquier convento espiritual, si no utiliza la corrección frecuente del celo fraterno, sufre la mística escasez del pueblo israelita: que, al comenzar el reinado de Saúl, no tenía herrero en toda la tierra de Israel. Dice la Escritura: «Porque no se encontraba herrero en toda la tierra de Israel» (II Reg. XIII). Por lo demás, así como el hierro doma fuertemente los demás metales, así el martillo de la corrección reprime los vicios de los delincuentes, y

como si los golpeará, rompe la dureza de la mente rígida. De ahí que sobre el mismo príncipe de los herreros espirituales se diga por Isaías: «He aquí que yo he creado al herrero que sopla en el fuego de las brasas, y saca una herramienta para su obra» (Isa. LIV). Sobre el hierro también dice el Eclesiastés: «Si el hierro se embota, y no se afila como antes, se afilará con mucho trabajo, después de la industria sigue la sabiduría» (Ecl. X). Pero los filisteos quitan los herreros de la tierra de Israel, cuando los espíritus malignos, bajo el pretexto de una falsa piedad, quitan el celo de la corrección de los labios de los hermanos. De ahí que se añada: «Porque los filisteos temían que los hebreos hicieran espada o lanza» (I Reg. XIII). De ahí que poco después: «Por lo tanto, las hojas de los arados, y las azadas, y los tridentes, y las hachas, estaban embotadas, hasta que se corrigiera el aguijón» (Ibid.). Cuando los filisteos temen las espadas, quitan los herreros; para que, cuando se detiene la fabricación de armas, no haya tampoco quien fabrique los demás utensilios necesarios para el trabajo, pues el Apóstol testifica: «La espada del espíritu es la palabra de Dios» (Efe. VI). Esta espada, porque los espíritus perversos la temen, quitan los herreros de la tierra de Israel, cuando aquellos que deberían reprender los errores de los delincuentes, son impedidos de mantener la disciplina de la censura; y esta disolución de la negligencia resulta en que en los conventos de los siervos de Dios no solo cesa de escucharse la palabra de la sagrada predicación, sino que también cesan de practicarse los ejercicios de las artes honestas. Pues como la estricta disciplina del magisterio no los reprime, entregados a sus propias voluntades, no saben escribir; no aprenden ninguna de las artes honestas o ejercicios manuales, cuando el Apóstol dice: «El que no trabaja, que no coma» (II Tes. III). Estas cosas, que son necesarias para ellos, acuden a hombres seculares, o incluso reprobados, porque no pueden encontrarlas entre ellos. De ahí que se diga: «Por lo tanto, todo Israel descendía a los filisteos, para que cada uno afilara su arado, y su azada, y su hacha, y su azadón» (I Reg. XIII). Israel, por lo tanto, asciende a los filisteos, pero desciende, para afilar los utensilios de su necesidad, cuando los hombres de la orden sagrada descienden a las profundidades de los seculares, para adquirir de ellos alguna utilidad conveniente. Ves, por lo tanto, que si se retira la censura de las correcciones del sagrado convento, el vigor de la disciplina se debilita por completo, y toda la religión se destruye; porque, mientras cada uno sigue el juicio de su propia voluntad, regresando a lo secular, viola el instituto de la observancia espiritual. De ahí que cualquiera que sea quien arde con el fervor de la vida regular, acepta con gusto las correcciones; y, incluso cuando es inocente, se deleita en sus reprensiones. No porque su conciencia le remuerda por haber pecado, sino porque espera que esto beneficie a los demás oyentes, para que de lo que él, inocente y puro, es reprendido, otros, ya caídos o a punto de caer, tal vez se corrijan.

CAPÍTULO V. Por qué el bienaventurado Pablo reprendió al bienaventurado Pedro.

De ahí que ahora venga a la memoria que Pablo, como escribe a los Gálatas, reprendió al bienaventurado Pedro, su coapóstol; pero a aquel a quien reprendió como si discordara, en sus deseos interiores concordó: «Cuando vino, dice, Pedro a Antioquía, le resistí en la cara, porque era de condenar. Pues antes que vinieran algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero cuando vinieron, se retraía y se apartaba, temiendo a los que eran de la circuncisión» (Gal. II). Donde se añade de inmediato: «Y a su simulación consintieron los demás judíos, de tal manera que aun Bernabé fue llevado por ellos en aquella simulación» (Ibid.). Oh, qué duras palabras en apariencia, y, si solo se atienden en las sílabas, completamente ajenas a la gravedad del culmen apostólico. Pedro es de condenar, a quien se le ha confiado el poder de reprender y corregir todos los reinos de la tierra (Mat. XVI). Se le resiste en la cara, a cuyo mandato se abre la puerta del reino celestial a los fieles de Cristo; se le acusa de ser autor de simulación, quien es el primero en los predicadores de la verdad; y,

para que la injuria pueda ser aún más copiosa, presta atención diligente a lo que sigue: «Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles, y no como judío, ¿cómo obligas a los gentiles a judaizar?» (Gal. II). ¿Qué es esto, bienaventurado Pablo, que desgarras a tu predecesor con reprensiones, lo exacerbabas con objurgaciones? ¿Cómo no temes confundirlo ante los ojos de los hombres, a quien se le ha concedido el derecho especial de presidir la Iglesia universal de todo el orbe? ¿Acaso se te ha olvidado lo que el maestro común de ambos os instruyó? «Si tu hermano peca contra ti, repréndelo entre tú y él solo; si no te escucha, lleva contigo a uno o dos más» (Mat. XVIII). Tú, sin embargo, no lo has convenido en privado, no lo has hablado en secreto ante testigos, sino que lo reprendes abiertamente ante todos, y además, para la posteridad futura, lo que es más grave, escribes que lo has hecho. ¿O acaso has olvidado lo que tú mismo ordenaste a Timoteo: «No reprendas al anciano, sino exórtalo como a un padre» (I Tim. V)? Pero en que San Pedro fue reprendido abiertamente por San Pablo, exteriormente apareció como contradictor, pero cumplió los deseos de su corazón. Pues Pedro no se atrevía a comer con los gentiles en presencia de aquellos que habían creído de la circuncisión, para que no sufrieran escándalo y pronto se apartaran de la fe aún tierna bajo esta ocasión. Y por eso, quien solía comer con los gentiles, al venir algunos de parte de Jacobo, se apartaba de su compañía: temiendo, en efecto, a los creyentes de la circuncisión, no fuera que, si lo veían comer con los gentiles, sufrieran el peligro de la infidelidad. Pues porque Pedro sentía en todo como Pablo, que las gentes no debían observar los ritos judíos, quien lee los Hechos de los Apóstoles no podrá dudar: más bien, Pedro se encuentra indudablemente como el primer autor de esta sentencia entre los apóstoles, de quien ahora Pablo lo acusa como si fuera un prevaricador. Dice: «Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? sino que creemos que por la gracia del Señor Jesucristo seremos salvos, de la misma manera que ellos» (Act. XV). Por lo tanto, Pedro quería ser reprendido abiertamente, se alegraba de ser confundido por la invectiva del que lo reprendía, para que lo que hacía a regañadientes, corregido, lo dejara, y en lo que solo temía intentar, encontrara un compañero. Pablo, por lo tanto, resistió a Pedro, y sin duda concordó con él interiormente, a quien exteriormente reprendió; de lo contrario, ¿cómo podría Pablo condenar en otro lo que él mismo había hecho impulsado por una necesidad no disímil? Pues por causa de los judíos, que afirmaban que la observancia de la ley y los ritos antiguos debían ser mantenidos, también circuncidó a Timoteo, hijo de un hombre gentil: y él mismo, cumpliendo un voto, se rapó la cabeza, y ofreció sacrificio según las ceremonias de la ley antigua (Act. XVI, XXI).

740 CAPÍTULO VI. Si el bienaventurado Pablo pecó al reprender al bienaventurado Pedro.

En esto, pues, que Pedro fue reprendido, fue obedecido, no contradicho; y no luchó contra él, como opina Porfirio, con soberbia, sino que sirvió con humildad. Esta corrección de Pablo fue, sin duda, un ministerio de obediencia, no una reprensión de disciplina; no fue una temeridad de invectiva, sino una concordia unánime de voluntad. Tú, por tanto, amadísimo, cuando seas reprendido por cualquier motivo, incluso si tu conciencia no te acusa de haber cometido falta alguna, acepta de buen grado lo que se te imputa, confiéscate culpable humildemente ante tus hermanos. Esto, sin duda, será un ejemplo de imitación para ellos y te resultará en el aumento de virtudes. Recuerda lo que se dice por medio de Salomón: «Es mejor ser reprendido por un sabio que ser engañado por la adulación de los necios (Ecl. VII).» Que tu voluntad sea tal que incluso aquel que te reprenda con dureza concuerde con la intención de tu corazón; y en aquello en lo que se te critica con aspereza, se acomode más bien que se oponga. Que tu comportamiento brille ante los presentes, y tu fama exhale bendición entre los ausentes. Sé, como dijimos antes, un campo y una abundante cosecha de

frutos y exhalando fragancias aromáticas, para que también en ti se deleite el Dios omnipotente, y diga: «He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, al que Dios ha bendecido (Gen. XXV).» Para que, ya que te llamas Aripandus, y virtud (ἀρετή) se dice, como un campo muy fértil produzcas una cosecha de cien frutos, y merezcas ofrecer a Dios un banquete de virtudes.

Bendito sea el nombre del Señor.